



El gaucho argentino:
una interpretación mítico-simbólica de sus
avatares literarios
a partir de la construcción histórica como
nación de la Argentina

Dr. Alejandro Hermosilla Sánchez *

adler136@hotmail.com

“Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tiene un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir de lo que han pensado hacer”.
Génesis 11, 6.

Si algo ayudó a implantar en el inconsciente colectivo de los hombres la memoria de aquella Babilonia que edificase Nabucodonosor II, seis siglos antes del nacimiento de Cristo, más allá del esplendor y el comercio que revitalizaba a la ciudad y la hacía florecer, esto no fue sino la construcción de la, así llamada, Torre de Babel.

Según parece, la construcción de torres era un hecho normal en la zona mesopotámica pues no existían allí colinas en las que poder colocar los santuarios de las divinidades y era necesario ubicar los templos sobre grandes infraestructuras: torres que emergían con un tamaño sobrehumano construidas para honrar a las deidades celestes.

El mito comenzó a forjarse consecuentemente cuando el pueblo israelí se encontraba cautivo en Babilonia sugiriendo que los herejes esclavizadores no habían recibido visita alguna de su Dios, Maduk, sino de Yahvé que había condenado su intento de igualarse a él y reverenciar a otros dioses, condenando a toda la humanidad a disgregarse en la pluralidad lingüística con el fin de que jamás osaran intentar igualarse a él y asumieran su caída condición.

Si realizamos una rápida lectura del mito bíblico, se comprenderá que en todo nacionalismo habita en su seno una intención recóndita pero clara en sus últimas intenciones: volver a restituir el estado original de lengua única al que fue condenada la humanidad, según el mito hebreo, por el reino babilónico. O, al menos, esta es la lectura propensa a ser realizada por los pueblos que se consideran elegidos por Dios para llevar a cabo su misión y mensaje. Si el pueblo argentino había de hacer realidad los legados testamentarios escritos que lo erigían como pueblo elegido que pudiera fundarse en la tierra prometida americana, debía, por tanto, eliminar todo rastro de lengua extranjera que pudiera escucharse en sus territorios.

Este deseo que ya había sido emprendido por España y en el que había fracasado, debía entonces de habitar perennemente unido a la sangre de su hijo. Si como sugiere Murena, una vez producido el parricidio, el hijo siempre “intenta justificar, lavar, encubrir su parricidio”, [1] el país argentino no pudo encontrar mejor manera de lavar su culpa que realizar en su territorio definitivamente aquel proyecto de reino único que el padre nunca llegó a concluir.

Realizar este proyecto, a su vez, significaba terminar de imponer la soberanía de la estirpe de hombres blancos sobre su territorio y, al mismo tiempo, enfrentar su recién estrenada independencia, consiguiendo llegar a ser dueños únicamente de sí mismos y desterrar todo signo débil que pudiera mostrar su orfandad, su herencia desterrada.

En este sentido, la construcción intelectual de Argentina durante todo el siglo XIX, compuesta como un reflejo deformado y deformante de Europa, al adherirse a los rasgos del proyecto cartesiano-racional europeo y abstraerlos al continente americano, sin tener en cuenta las características reales del mismo, sobredimensionaba los rasgos de este sistema y aceleraba sus motivaciones negativas que conducirían a Europa a abrazarse al nihilismo o habían hecho sumirse a España en una suprema decadencia.

Sería, por tanto, el Uno primordial y totalitario, hijo de la acelerada y partidista visión del mito babélico, alejado del Uno plural que pudiera nombrar la secreta primera palabra que otorgaría el don universal de la vida a los hombres y los conformaría en el ejercicio milagroso de la diversidad el que se impusiera en Argentina, lo que, por otra parte, era lógico. Como nos señala Murena, el error cometido al levantar la torre de Babel fue intentar un regreso a la unificación previa a la caída paradisiaca de una manera tal que los hombres intentarían borrar la “Falta originaria en el erróneo modo que lo(s) conduciría a repetir la Falta originaria”. Los seres humanos intentarían “volver a desmentir y borrar la concupiscencia inicial”, [2] mediante la artificial instalación de un lenguaje único cuya necesidad, en realidad, ya ponía de manifiesto la imposibilidad de borrar la falta, la caída que desesperadamente se intentaba negar intentando imponer el lenguaje humano al divino. Y en este sentido, el país argentino, conformado por hombres caídos en el tiempo americano, asolados por la experiencia continua del exilio, necesitados de negar su angustia y ansiosos de demostrar al padre hispánico -como los hombres del mito babélico intentarían realizar con la divinidad- su poderío, no dudarán en imponer tan furiosamente como el reino hispánico realizara anteriormente una lengua, visión y perspectiva unívoca de la existencia. Lo cual, sin dejar de ser un mecanismo de defensa lógico que permitía a los forzados emigrantes que componían la Argentina a asistir a una visión de su país lo más cercano posible al antiguo paraíso, acaso ya perdido para siempre del que la gran mayoría habían partido (Occidente), en realidad, sembraba de fatalidad la enorme extensión de los territorios argentinos, anticipando una futura condena, el futuro advenimiento de un “karma” fatal para la nación. Pues gracias a este hecho, no sólo se pretendía negar el pecado cometido contra la tierra americana, su ilegítima ocupación, sino que a la vez se comenzaban a cometer, a repetir peligrosamente los mismos errores que el padre hispánico, contra el que no hacía demasiado tiempo se había luchado edípicamente por independizarse de su lacerante influjo.

Se produjo así un alejamiento de la diversidad de las formas y del continente americano cada vez más acusado. Y este distanciamiento, enfrentando a Argentina con la herencia castellana y la influencia cultural del Medievo europeo, con sus iglesias, catedrales góticas y castillos elevados como torres babélicas a la gloria de un único Dios por unos sacerdotes y regentados de la fe -Sarmiento, Avellaneda y su sempiterno ministro de guerra, Alsina, Roca, Pellegrini o Juárez Celman- cada vez más alejados de la vida, va a ir sesgándola y apartándola cada vez más de la vida real, auténtica del continente americano.

Para la construcción esencial de ese Uno Total que pudiera convalidar la gloria deseada de la que estaba hambrienta la nación argentina, deseando al fin borrar y olvidar las desamparada historia de muertes y sinsabores que habían fundado sus primeros antihéroes, Solís, Gaboto, Pedro de Mendoza, etc, era necesaria por tanto la matanza racial. De esta manera, y una vez que el ejército unitario había conseguido demonizar al federal, el aborígen, “aquel monstruoso caníbal” que hubiera matado a tantos conquistadores desde su llegada a América, fue el siguiente ser eliminable.

Operando con todas las nociones categoriales que estuvieran al alcance para demonizarlo y justificar su eliminación, el proyecto unitario argentino no dudó en

encubrir su matanza bajo los cimientos de un cismático pensamiento legado por su tradición vital, cultural.

Por ejemplo, en esa obra troncal de la cultura argentina que es **La cautiva**, retomando las primeras narraciones de la fundación argentina, la estela de Solís amenazado por los inclementes aborígenes o el rapto de Lucía Miranda en trance de ser despojada de su pureza por los infamantes diablos oscuros de la selva, Esteban Echeverría los mostraba capaces de cometer los pérfidos crímenes de Herodes: “hasta los tiernos infantes osaron despedazar, arrancándolos del seno de sus madres”. [3] Y a la vez, mostraba la radiografía de un desierto hostil, oclusivo, desesperanzado, lascivo, que no abrigaba salvación alguna para una María, a la que significativamente se le regalan todo tipo de halagos, una vez que en este personaje, unido a su virginal nombre, Echeverría simboliza toda la grandeza del sueño cristiano y la maternidad perdida a causa del caníbal aborigen: “Pero, no triunfa el olvido,/ de amor, ¡oh bella María!/ que la virgen poseía/ (...) y que admiren y veneren/ tu nombre y su nombre hará”. [4]

Un desierto, (tierra maldita de América para Echeverría al estar sumido bajo la influencia aborigen, de la “otredad” y, por tanto, de lo desconocido), que vendrá a unirse a la historia proscrita, hereje, adjudicada al pueblo judío o el romano en la historia que precede a la pasión y muerte de Cristo, en cuanto a que tanto María como Brian, su compañero, realizarán un recorrido iniciático por el mismo en el cual son presentados prácticamente como padres de un Cristo imposibilitado de nacer en pesebre alguno, condenado a morir por la amenaza indígena sin posibilidad de haber podido nacer. De esta manera, se ratificará la necesidad de vengarse del indígena, se justificará el porqué de su demonización y la conquista de su ámbito afectado de maldición, el desierto, como justa venganza por los crímenes cometidos impunemente contra la cristiandad. Crímenes que, inteligentemente Echeverría entroncará con la lejana historia de Martín Gándía pues, exactamente, una cruz en medio del feroz anonimato de una tierra hostil ante la que los errantes viajeros occidentales se postrarán, será el único resto que perdure del cuerpo de María, del contacto de Occidente con los carnívoros aborígenes americanos, subrayando implícitamente que ha llegado, al fin, el tiempo de acabar con este horror que condena a los elegidos por el mismo hijo de Dios a llevar su mensaje al mundo a ser cautivos de unas desperdigadas tribus de salvajes herejes: “Cuando el cautivo cristiano/ se acerca a aquellos lugares,/ recordando sus hogares,/ se postra a hacer oración/ Fama es que la tribu errante,/ si hasta allí llega embebida/ suelta al potro la carrera/ gritando: -allí está la cruz”. [5]

Con esta adjudicación al indio de los valores del mal se justificaba su matanza en pos del rescate de esos hombres robados a Dios en el desierto por las impuras criaturas. Y sin concebir lo ominoso de este hecho, los regentadores de la nación argentina, adheridos a sus progresistas ideas en torno a su construcción del país, en realidad, estaban ayudando a edificar lo que, por ejemplo, para Ernesto Sábato sería el principio del Apocalipsis, el comienzo del fin, pozo sin agua dialogante que recoger en su fondo, de lo que hubiera podido ser el país argentino. Estaban decretando la extinción de aquella vida, alma auténtica y real americana que hubiera podido integrarse en la vida cotidiana de la sociedad argentina evitando su tendencia a la autodestrucción.

Así también lo entendería Masilla en ese íntegro viaje que realizara a las raíces de la semilla americana del que nos quisiera dejar sincero testimonio novelado, **Una excursión a los indios arauqueños**, advirtiéndolo a sus contemporáneos que con el asesinato de los aborígenes comenzaba a alejarse, en realidad, la última esperanza de construir un puente, diálogo plural y fecundo entre variadas y diversas culturas que pudiera hacer surgir en las estepas calcinadas por el odio de la Argentina, la luz reverdescente de la antigua Jerusalén. Pues, tal y como indicara el autor argentino, en

verdad, aquellos indios mostraban con su actos la verdad de la ley del amor de Cristo tantas veces predicada y, salvo excepciones, muy pocas veces realizada por la cultura occidental en América. Y el ejemplo de su vida en sociedad, amparada en el reino del espíritu, en su inmersión intuitiva con el espacio americano que habían habitado durante siglos, representaba la antítesis, el freno, la parálisis ideal a la canibalesca, autodestructiva historia fundadora de la Argentina siempre situada en el centro mismo de la historia civil de la sociedad argentina -la ingestión del cuerpo de su hermano muerto por parte del general Baistos en los tiempos de la primera fundación de Buenos Aires-: “Estos bárbaros (...) han establecido la ley del Evangelio: hoy por ti, mañana por mí, sin incurrir en las utopías del socialismo; la solidaridad, el valor en cambio para las transacciones, el crédito para las necesidades imperiosas de la vida y el jurado civil; (...) Es lo contrario de lo que sucede entre los cristianos. El que no tiene hambre no come si no tiene con qué”. [6]

Pero, para conseguir imponer sus dictados, los coléricos profetas de la fe judeo-cristiana, tuvieron, a su vez, que abolir a otro ser fundamental para concebir hasta entonces la verdadera fisonomía del país. Aquel hombre que rondaba por el desierto y cuyo nombre poseía los atributos que deseaban desterrar. Sin el cual no podían realmente concebir una tranquilidad y alzar las torres abstractas de su fe concebida a partir de la fuerza de su espada.

Sugieren Deleuze y Guattari que en el ritual catártico por el que se intenta purificar a las sociedades monovalentes de sus elementos alógenos y se cometen los asesinatos expiatorios que purgan los males de la sociedad, al sacrificio del primer chivo expiatorio le sigue la expulsión del tronco social de la “civitas” de un segundo: “El rito, el devenir -animal del chivo expiatorio lo muestra perfectamente: un primer chivo expiatorio es sacrificado, pero un segundo chivo es expulsado, enviado al árido desierto”. [7]

Si es cierto que, en un principio, podría pensarse llevando la reflexión de Delleuze y Guattari al ejemplo histórico del país argentino (una vez que el primer chivo expiatorio expulsado de la “civitas” argentina ha de ser considerado el derrotado ejército federal), que este segundo chivo expiatorio expulsado al desierto podría ser identificado con el indio, en realidad, esta aseercción no debería ser considerada como válida. Pues ese espacio desértico como muchos otros ámbitos naturales (las escarpadas montañas del norte argentino, la exuberante vegetación patagónica) en vez de ser un refugio en el que camuflarse de una supuesta expulsión de las ciudades argentinas eran su hábitat, espacio y hogares naturales. Y, en realidad, la demonización y despersonalización que del aborigen realizara la cultura occidental había insistido en negarlo, en dotarlo de unas “nociones extranjerizantes” tan acusadas y ajenas al sistema, al orden categorial de signos occidental, que las sociedades construidas por gran parte de los europeos establecidos en América nunca llegaron a considerarlo, en verdad, un miembro de las mismas. Todo lo contrario. El indio, el reflejo de sus costumbres fueron elididos de estas sociedades y ciudades con tal exasperación que, en el momento en que se decide vaciar al desierto de su alógena presencia, las mismas, en realidad, no sufren ningún cambio esencial en su constitución. Es decir, el indio no muere en ellas en el momento en que se decreta su extinción porque, en verdad, ya estaba muerto. Su presencia en las mismas estaba denegada desde la llegada de los conquistadores asidos a la montura de sus caballos y sus armas de fuego. Y únicamente había que esperar el momento exacto en que la sociedad argentina se sintiera mínimamente fortalecida y unida en sus intereses, para desatar la cacería real sobre él, que, exactamente, no significaba sino terminar de concretar la cacería imaginaria que ya lo había exterminado mentalmente algunos siglos atrás. Acaso desde el primer paso que diera Solís en los territorios argentinos o la escritura mito-poética de la historia argentina que construyera Centenera.

Por tanto, a quien realmente se ha ido recluso en el desierto es a aquel componente del propio sistema de signos que en un momento dado, al unir su recorrido tangencialmente a la del primer y verdadero chivo expiatorio que hay que abolir de la ciudad (el monstruo cainita federal), rebasó la legitimidad y la normatividad del partido político que habría de imponerse (el rostro sereno del Abel unitario) y poseyendo muchas de las características de los dos regímenes, finalmente, ha de ser arrojado al desierto hasta su posterior exterminio si los rasgos que prevalecen en él son partícipes, afines de los del primer chivo expiatorio o pueden cuestionar el esfuerzo del autoritario sistema de signos recientemente implantado.

Y en una Argentina centrada en esconder las heridas de su exilio y fortalecer sus estrías gracias a la dictadura poderosa de sus nuevos gobernantes que, como profetas pretendían dotar de un estatuto paterno, poderoso, temible y deseable a la patria, el gaucho debía ser el siguiente chivo expiatorio. Más aún, si se entiende que su poder se fortalecía sobre todo en el control de la tierra y en los réditos que de las actividades agropecuarias, de la ganadería y las rentas que de su comercio exterior podían obtener y que el gaucho y su actividad trashumante, como supiera entender Jorge Luis Borges, pudiera cuestionar, poner en entredicho su pretendido dominio absoluto sobre estos parajes: “El rasgo diferencial del gaucho está en el ejercicio cabal de un tipo primitivo de ganadería” y “basta repasar el **Martín Fierro** para saber que es el poema, no de la Pampa, sino del hombre desterrado a la Pampa, del hombre rechazado por la civilización pastoril centrada en las estancias como pueblos y en el pago sociable”.^[8]

Es por ello que el gaucho (vocablo procedente de la expresión quechua “huachu”, que quiere decir huérfano o vagabundo) cuyo nombre ya indica una orfandad y por tanto una invalidez primera que no se quiere asumir y que es denegada inconscientemente y con radical ceguera en los primeros años de nacimiento de la nación argentina, era otro de los rasgos cruzados e impuros que los nuevos sacerdotes de Yahvé debían anular, dominar y domesticar para conseguir conformar el rostro bello y marcial que se quería conseguir para la nueva nación. Porque el gaucho, inevitablemente, con su vida dedicada a la matanza, comercio de reses y a la preparación de cueros, su condición nómada y desordenada y su actitud de vagabundo, reflejaba ante éstos la verdad de aquel monstruo que habían conformado y en el que no querían ni debían reconocerse: “el salvaje mata a su prisionero, no respeta convenio alguno siempre que haya ventaja en violarlo; ¿qué freno contendrá al salvaje argentino, que no conoce ese derecho de gentes de las ciudades cultas? ¿Dónde habrá adquirido la conciencia del derecho? ¿En la pampa?”, ^[9] dirá de él Sarmiento antes de, precisamente, decretar su exterminio.

En este sentido, la matanza del segundo chivo expiatorio, recluido en el encierro en el desierto, refleja que aquella sociedad no sólo ha condenado al diferente sino a sí misma, al no aceptar los rasgos que comparte y que podrían hermanaarla con la víctima propiciatoria, madera desmadrada del centro simbólico de fuego que el poder impone.

Exactamente, el gaucho con su recorrido solitario, hambriento, en círculo y en zigzag continuo sin verdadero hogar ni granja a la que asirse más que a su galopada continua, le mostraba al judío hambriento de poseer una heredad que era el conquistador cristiano una vez que había salido de su patria sin poder volver a ella, el destino maldito de los que abandonan para siempre su hogar y vienen a implantarse en otro por la fuerza de las armas: estar unidos para siempre aunque fuese en indefinidos círculos sobre sí mismos a la vagancia continua, aquella “indefinida voluntad de andar, que es como una sed de camino y un ansia de posesión, cada día aumentada, de mundo”,^[10] que encarnase don Segundo Sombra y que como un gesto profético e invocativo reza la más famosa sentencia de la obra que nos legara Güiraldes: “Llegar no es para un resero, más que un pretexto para partir”.^[11]

Porque, efectivamente, el gaucho en su peregrinaje por el desierto de la Pampa era una manifestación de un alma que no podía encontrarse a sí misma, que se recluía en el desierto no intentando buscarse a sí misma sino confrontarse con el espíritu diabólico que conformaba a las sociedad de la que formaba parte, sintiendo el fluir de la sangre que corría por sus venas, su materialidad como aquello que verdaderamente lo autentificaba y lo hacía argentino, americano realmente. Aquello que lo mostraba heredero, pesadilla de vigilia de aquellos hombres que jamás consiguieron el oro sino la nada y la soledad. Y, por ello, en su aislamiento y reclusión en el desierto, apenas puede eludir en las conversaciones iluminadas al fuego de la noche, referirse a una civilización cuyo rostro es mucho más mentiroso que el frío de las noches del desierto como el Fausto de Estalishao del Campo pusiera de manifiesto: “-Hace como una semana/ que he bajao a la ciudad/ pues tengo necesidad/ de ver si cobro una lana;/ pero me andan con *mañana*,/ y *no hay plata*, y *venga luego*”. [12]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

